

LOS NIÑOS Y LA LLUVIA

El pueblo estaba atrás, junto a la lluvia,
mezclándose de muerte coniciencia.
Todo estaba lejano y se escondía.
Los trenes detenían ademanes
de impotencia y horror. Nos rechazaban
en su viaje a las ciudades claras.
Teníamos que estar mirando el hueco,
la tierra que iba a darle compañía,
sin poder alterar el gesto suyo.
Los niños asomaban las cabezas
mojadas y extrañadas, como abriendo
las cortinas de lluvia para verle.
Y no podía yo con alfileres
ni recursos de amor, ni con las manos
cerrarles el boquete a lo inaudito.
Habrán de alargarse en las miradas
y ver. Tocar al hombre muerto
a quien llamaron padre, con los ojos.
Y conocer que aquello era el silencio
del pedernal inmóvil que no oye,
la ceguera total a todas luces.
Llovía sobre el barro. Se acercaban
sus compañeros de trabajo a verle
descender. Y los niños no se iban.
Después (siempre lloviendo) nos marchamos.
Fue preciso horadar masas de frío
hacia el pueblo aplastado por sus humos.
Y detrás iban ellos. Ojos vivos
del que allá se quedó. Ojos que vieron
a la lluvia llorándonos a todos.

MARÍA BENEYTO